

La tienda sobre la arena

(Carta de Rafa Marco a Acción Verapaz)

Doono se terminó, mi niño. No llores.
La comida se terminó, mi niño. No llores.
La papilla se terminó, mi niño. No llores.*

*El aceite se terminó, mi niño. No llores.
No robes **sananta***, que no es tuyo. No llores.
Que tu boca se olvide de la comida.*

* *Doono*: bola de mijo que se come diluida en leche

* *Sananta*, bola de mijo sin cocer.

Son numerosos los cantos, nanas y melopeas que hacen referencia a los alimentos, al hambre y a los ogros de un apetito insaciable, voraz; y es que el hambre, la penuria alimenticia, es una compañía habitual, un personaje que anda por casa, que se mueve por las chozas, patios y pueblos con toda libertad y desparpajo, sin llamar la atención de nadie.

Las hambrunas van y vienen, se sientan, desaparecen y retornan cuando nadie sabía que se habían ido. Forman parte de la vida de estos pueblos. Ayer venía de Tera a Niamey en busca de Isidro, nuestro compañero que llegaba el domingo pasado. Hablaba en el coche con Hama, mi profesor de songhai, de la cantidad de **peul** y **bella** (*etnias de pastores nómadas*) que se están instalando en cualquier rincón de la ciudad en chozas de fortuna. Seguramente que han vendido el ganado o lo han confiado a algún pariente que emigra a otras regiones donde parece que los pastos son más abundantes. Después de pasar Dargol nos encontramos con varios chamizos, esqueletos de cabañas de las que quedan unos palos entrelazados y al aire.

- Se han ido. La gente se ha marchado.
- Y ¿dónde se han marchado?
- No sé, a cualquier sitio, a la ciudad...

Estos últimos meses contemplamos el deambular cansino de gentes que han huido de la violencia de Costa de Marfil, de Libia, que está al lado, y ahora del Mali, todavía más cerca, y otros que se van a la aventura hacia la costa en busca de un chanchullo, un curro, un trabajo o a las minas de oro para convertirse en topos humanos atiborrados de droga porque de lo contrario no hay nadie que entre en esas galerías de muerte. Son muchos los pueblos de

los alrededores de Tera que se han quedado casi vacíos. Las colas de las mujeres que se pasan la noche a la espera de poder comprar un kilo de arroz o unos puñados de mijo o maíz a bajo precio o regalado son cada vez más largas.

Todo en silencio. Nadie protesta. Toda esta movida se pasa en silencio como si fuese lo mas natural. Estremece porque nos encontramos en medio de un torbellino de hombres y mujeres que han tenido que ponerse en camino para atravesar los desiertos en busca de su resurrección o de la muerte.

Se han puesto en marcha. La cuaresma es un tiempo en el que nos ponemos en marcha para atravesar el desierto; es el desierto de nuestra conversión al Evangelio y a la persona de Jesús. Lo que pasa es que hablar de Jesús es hablar de los pobres, los más pobres que vemos pasar ante nuestra puerta. ¿Los vamos a dejar pasar sin decir ni hacer nada porque no exigen, ni se lamentan y sólo hacen un gesto de saludo con la mano?

¿Cuántas veces me he hecho esta pregunta estos últimos días? Finalmente me digo que no me queda otro remedio que ponerme yo también en marcha para ir a su encuentro, no sé si en sentido contrario, pero a su encuentro. He estado hablando con los de Caritas de Niamey y vamos a organizarnos en la zona de Tera. Vamos a hacer todo lo posible para responder en la medida de nuestras posibilidades y parar la hambruna aunque sólo sea un poco. Vamos a procurarnos trigo, aceite y mijo y plantar nuestra tienda sobre la arena.

Me atrevo a pedirnos vuestra colaboración. Caminaremos juntos hasta Pascua y os iré poniendo al corriente de nuestro trabajo y organización y de cómo se va realizando esta travesía.

Que Dios nos ayude a convertirnos en este tiempo de Pascua y andadura.